

Carlos Casanova. *Estética y producción en Karl Marx*. Santiago de Chile, Editorial Metales Pesados, 2017, 118 págs.

Comienza el presente libro con la aseveración de que, en el pensamiento de Karl Marx, no existe propiamente una estética (sí entendemos ésta, de acuerdo con los principios que la constituyen en sus fundamentos, como una disciplina autónoma que trata con sistematicidad respecto a la determinación y condiciones de la belleza artística). Lo anterior no obsta para que haya en él una “dimensión de lo estético”. Más aún, sostiene el autor: “La concepción antropológica de Marx es indivisible de una determinada concepción estética del hombre. Es aquí, a nuestro parecer, donde se debate la cuestión del humanismo y ligada a esta la cuestión del comunismo” (p. 7). Se desprende de lo anterior una necesaria indagación respecto a la índole peculiar (o no) del hombre, lo que, a su vez, implica determinar “la comunidad de nuestra individualidad” y “la individualidad de nuestra condición común” (p. 17). Cabe precisar que cuando el autor habla de “comunismo” no está refiriendo una meta ideal o movimiento histórico que realice –o degrade– lo humano del hombre, sino que identifica los puntos nodales de tal concepto al interior del pensamiento de Marx. La mencionada “concepción estética del hombre” se basa en el planteamiento de los *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*, según el cual la esencia, lo que hace el ser del hombre, en tanto “ser genérico”, y no solo “individuo abstracto”, es el uso de su “actividad sensible”. Los órganos de la sensibilidad, sostiene Marx, no se circunscriben a la vista, el olfato, el oído y el tacto, pues agrega a ellos el pensamiento, la contemplación y el deseo. Lo que los hombres son coincide con la actividad sensible que desarrollan (o no) sus órganos. Estos son tanto una facultad como un instrumento de producción. La “actividad sensible” es la historia humana en la cual desempeña el papel de agente y objeto de la misma. De ahí su radical historicidad. Así visto, las acciones humanas y sus potencialidades no son meras capacidades individuales, susceptibles de comunicarse a otros. Tales facultades tienen como condición de origen y desarrollo, justamente, el estar con muchos otros, puesto que: “La vida de los individuos está originariamente asignada a una potencia, a un hacer y pensar que guarda en sí un carácter potencial, que ellos a su vez confinan a la simultaneidad de un estar-común” (p. 11).

Según Marx, el conjunto de la vida moderna se encuentra orientada hacia la reproducción incesante del capital por medio de la administración del trabajo asalariado y de la propiedad privada. Este es el hecho axial de la modernidad. Las categorías básicas de la filosofía política moderna –individuo, Estado, libertad– son un velo ficticio que impide captar tal hecho o captarlo defectuosamente. Como sostiene un célebre pasaje de *El capital*, el individuo no preexiste al orden social, sino que, más bien, es un efecto de dicho orden. Así lo resume Casanova: “El capital opera como el principio de mando de la totalidad de las condiciones de existencia de las fuerzas humanas de trabajo; sin las cuales esas fuerzas (el conjunto de las capacidades físicas o mentales de los individuos) son inefectivas, sólo existen en potencia, abstractamente, como posibilidad separada de la realidad a la cual queda remitida para poder existir (el principio de realidad del capital)” (p. 59). Consecuencia del dominio totalizador del capital es el extrañamiento del hombre respecto al género humano y respecto de las cosas creadas

por él mismo. Dicha alteración opera primordialmente en la actividad sensorial de los hombres. Por ello es que, como sostiene John Elster, “[e]l concepto de alienación es el más importante de la obra de Marx”. En síntesis, el concepto de alienación implica la falta de autonomía y autorrealización de los seres humanos respecto a su propia actividad y al producto de ella. A partir de lo anterior, de tal clave de lectura, es que el libro desarrolla una reflexión sobre el conjunto del pensamiento de Marx. Es de esta manera que confluyen lo estético y lo productivo. La “Y” griega del título enlaza una mutua copertenencia que no propugna la identidad simple entre estética y producción, sino que evidencia su recíproca imbricación. Aceptar que estética y producción designan una misma experiencia tendría como resultado un impulso estetizante que Casanova rehúye. De lo contrario su libro se llamaría “Estética de la producción en Karl Marx”.

Si, en numerosos filósofos, existen serias dificultades que permitan, sin más, la consideración de un conjunto de obras como totalidad coherente y sin fisuras internas, tales escollos parecen redoblar en el caso de Marx. Prueba de ello, y ésta es una cuestión que el libro aborda con detalle, es la conocida contraposición del “joven” (centrado en el “humanismo”) y “viejo” Marx (centrado en la idea de Proceso). La más nítida formulación del “Marx humanista” se encuentra en los *Manuscritos económicos-filosóficos de 1844*, en los cuales la palabra “comunismo” caracteriza un “humanismo radical” que no tiene como presupuesto al individuo sino al hombre en tanto “singular genérico”. En otro texto de juventud, también examinado en el libro, *Sobre la cuestión “judía”* (1844), se explicita la contraposición entre “humanismo abstracto” y “humanismo real”, a partir de la cual la posibilidad de una emancipación genérica adquiere todo su vigor. Más que delimitar cuál es el Marx “verdadero”, Casanova propone abrirse a un pensamiento en torno a lo humano –y por consiguiente en torno a la emancipación– que sobrepasa la mencionada periodización. Así se plantea en el libro que hay un excedente de significación de tales conceptos que recorre, con modificaciones y énfasis diferentes, la totalidad de sus escritos. Desde los *Manuscritos* hasta *El Capital*, sería reconocible un “cierto humanismo”, un pensamiento que contrapone “El humanismo de la producción inmanente del hombre por el hombre como “ser genérico”. No, por tanto, el humanismo teleológico de una forma ideal, metafísica de humanidad, ni tampoco el humanismo liberal de la persona autofundada en la propiedad individual” (p. 37). El “humanismo” de Marx, produce el efecto paradójico de desfondar su idea, de exasperar sus límites. El “humanismo abstracto” de la ilustración supone una idea universal que oblitera el hecho moderno de que solo hay existencia determinada por y para la producción de mercancías. Encarnación –literal– de ello es el “proletario”. Según las investigaciones de Ranciére, este es el nombre de quienes nada tienen y se constituyen –están determinados– por su desposesión. En tal sentido, los proletarios, son vivientes sin obra, es decir, sin realización, o sea, sin humanidad (p. 23).

Lo innovador del libro de Casanova no radica en su tema –cuestión que han explorado, entre otros, Jameson, Eagleton, Della Volpe, Sánchez Vásquez y Ernst Fischer– sino en el procedimiento mediante el cual anuda lo estético con las categorías de “humanismo” y “técnica”. Como es sabido, uno de los aportes –o deficiencias, según se interprete– de Georg Lukács consiste en subrayar la conexión del pensamiento de Marx con la filosofía clásica alemana, en particular con Hegel, es verdad, pero más allá

de él, también, y de un modo no menos fundamental, con Friedrich Schiller. Tanto es así que un ensayo decisivo de *Historia y consciencia de clase* señala que, en la carta XV de las *Cartas sobre la educación estética del hombre*, a partir de la noción de “juego”, “Schiller extiende el principio estético mucho más allá de la estética y lo convierte en clave resolutoria de la cuestión del sentido de la existencia social del hombre”<sup>1</sup>. En este sentido, Schiller no es un mero epígono de Kant (o una figura de transición entre Kant y Hegel) sino un pensador de relieves propios. Casanova continúa con dicha línea interpretativa, pero va más allá de Lukács en un punto crucial, esto es; en el tipo de comprensión que desarrolla de las nociones de potencia-acto –cuya fuente evidente es Aristóteles y Hegel– para pensar la alienación y la emancipación en y desde Marx. Sí la “autorrealización” es la posibilidad de superar una determinación enajenada de la existencia, ésta es pensada por Casanova como un devenir permanente, no clausurado por una forma predeterminada. Un mundo emancipado no libera la esencia humana reprimida de quienes existen en condición enajenada sino que produce una nueva subjetividad, unas nuevas formas de ser en continuo devenir. Es un despliegue no fijado y multifórmico. Esclarecedora resulta al respecto la cita de Marx, en *Formaciones económicas precapitalistas*, “¿Qué es la riqueza sino la formación de las disposiciones creadoras de los hombres sin otro presupuesto que el desarrollo histórico previo”, que ha devenido “plenitud total del desarrollo”, es decir “desarrollo de todas las fuerzas humanas en cuanto tales, no medidas con un patrón preestablecido?” (p. 118).

Pensar la producción y la estética requiere enfrentar los alcances del concepto de técnica, puesto que Marx es plenamente consciente de que, en la época moderna, ya no es posible oponer, de modo simple, lo humano a la técnica, según una comprensión de ella como prótesis, o suplemento artificial, que encuentra su origen y finalidad en el hombre. La diferencia cualitativa entre manufactura artesanal y producción industrial consiste en que, en el segundo caso, el “trabajador sirve a la máquina”, y no a la inversa. Por tanto “[y]a no son las capacidades de trabajo del obrero virtuoso las especializadas, ahora lo son las propias máquinas a las que el trabajador tiene que adaptar sus movimientos” (p. 106).

Casanova reconoce tres aproximaciones principales sobre el lugar de la técnica en el pensamiento de Marx; Una, de matriz “heideggeriana”, otra “foucaultiana” y una “deconstructiva”. La primera, cuya expresión más acabada es el libro de Kostas Axelos, *Marx, pensador de la técnica* (1961), inscribe a Marx en la historia de la metafísica, y caracteriza su pensamiento como “estructurado por la gramática de la razón devenida cálculo y voluntad de poder” (p. 67). La crítica marxista de la tradición metafísica sería consumación de ella en el despliegue planetario del productivismo técnico. Como hace notar Casanova, “Axelos establece una analogía entre la lectura heideggeriana de Nietzsche y su propia lectura de Marx. Como si el lugar que ocupa la figura de Nietzsche en Heidegger fuese –de acuerdo a un juego de equivalencias– relevante por

<sup>1</sup> Georg Lukács, “La cosificación y la consciencia del proletariado”, en *Historia y consciencia de clase*, Vol II, p. 75, Madrid: Sarpe, 1985.

la figura de Marx” (p. 81). La segunda interpretación, que tiene un hito fundante en *Vigilar y castigar* (1976), describe como una de las modalidades de la “tecnología de la actividad humana”, el régimen fabril de trabajo cuyo “funcionamiento de poder se ejerce sobre aquellos a quienes se sujeta a un aparato de producción y se controla a lo largo de toda su existencia” (p. 113). Uno de los efectos de este régimen del trabajo –según Casanova– es un “determinado régimen de lo estético (o, si se prefiere, de lo *aiestético*) de producción o disposición de la experiencia sensible” (p. 113). Por último, en la interpretación “deconstructiva”, se hace hincapié en el desmantelamiento de cada una de las hipótesis del humanismo (en lo principal, de la noción de esencia o naturaleza humana y de sujeto histórico). En *Espectros de Marx* (2003), sostiene Jacques Derrida, que “Marx uno de los primeros pensadores de la técnica”. Pero, a diferencia de Axelos, ello no significa ver en Marx un reduccionismo productivista. Más bien, se constata la radicalidad de su pensamiento, que cuestiona la idea misma de filosofía y sus límites. Distintos desarrollos de este planteamiento han formulado autores como Nancy, Stiegler y Bradley. No obstante los matices, lo fundamental de esta tradición consiste en la consideración de que “[l]a técnica no es simplemente la tecnología como máquina de captura de la vida, tampoco es meramente un instrumento a través del cual el hombre impera como centro de creación sobre la naturaleza; es asimismo, y más fundamentalmente, la *techné* que en su origen retira a la vida de su presencia, interrumpiéndola como obra” (p. 115).

En síntesis; Casanova se adentra sin complejos ni supersticiones previas en el pensamiento de Marx. En tal esfuerzo se destaca la seriedad y rigor de su trabajo que se concentra en las fuentes sin supeditarse, pero tampoco desdeñando, la ingente bibliografía contemporánea disponible. Una parte de dicha bibliografía tiende a ser más ingeniosa que profunda y eso incrementa el valor de este libro. Junto con lo anterior es destacable la claridad expositiva, inclusive cuando aborda conceptos de gran complejidad.

ALVARO MONGE ARÍSTEGUI  
Universidad de Chile  
alvaromongea@gmail.com